



ZTF-FCT
Zientzia eta Teknologia Fakultatea
Facultad de Ciencia y Tecnología

EL SUEÑO DE LA RAZÓN

Segundo Premio de la VIII Edición (1996)

Armando Boix Milán



EL SUEÑO DE LA RAZÓN

Volver a empezar.

Retiró los electrodos, pinzó la cánula del gotero y cambió el frasco con la solución de fluracepam. Arrojó las sábanas al carrito... El hedor. Olor a desinfectantes y carne enferma, al ícor de las llagas y a excrementos. La bolsa de las deposiciones devolvió un golpe sordo al chocar con las anteriores en el fondo del cubo de la basura.

Y con ésta van quince.

Marisa pasó una esponja empapada en agua tibia por el cuerpo flaco y anguloso. Las articulaciones eran como nudos, el hueso de la pelvis una cimitarra a punto de desgarrar la piel. Dio la vuelta al cuerpo de la anciana y lo dejó boca abajo, con los movimientos justos, disociados de su mente por esa vaga anestesia que da la rutina. Mientras, pensaba en la receta del bizcocho, en el libro que terminó ayer, en la canción de los Hop-Frog y la entrada para el concierto que le ofreció Adela y era tan cara.

Si al menos me acompañara alguien valdría la pena. Ya fui al «Maracaibo» hace una semana y fue peor que quedarse en casa. Mil rostros a mi alrededor y ni uno conocido...

Sintió cansancio y un desagradable sabor en la boca que bajaba go-teando desde las fosas nasales. Dolor en los brazos, en las piernas. Llevaba demasiadas horas de pie, con demasiados durmientes para atender. Miró el reloj. Desde su esfera le daba nuevas fuerzas la esperanza de una jornada agonizante. Volvió a mojar la esponja en la jofaina y rebuscó con su borde entre los pliegues de la piel, en el vello de las axilas, en la hendidura entre las nalgas. Acabó y lanzó la esponja a la basura.

Sujetó una gasa con las pinzas y secó las llagas. Por más que cambiaran a los durmientes de posición cada ocho horas, pasaban todo su tiempo en la cama, inmóviles, con una deficiente circulación sanguínea y el roce constante de las sábanas. Las heridas eran horribles; pero sus pacientes nada sabían, tibios en el beatífico refugio de sus sueños. Marisa sí



Certamen Alberto Magno

sabía. Marisa sabía de su penetrante olor, de la sangre y el pus que supuraban y manchaban las sábanas. Era lo peor de su trabajo y aún no había conseguido acostumbrarse, aunque fingiera indiferencia y tararease —*Here is a ring as token that I am happy now*— mientras introducía la gasa entre los labios de la úlcera.

Al final siempre somos los pobres quienes acabamos lavando la mierda de los ricos.

Pese a lo amargo de su pensamiento, Marisa no sentía rencor hacia la anciana. Es más, le guardaba una secreta simpatía desde que reconociera su imagen, mucho más joven, en aquel documental del teledata. Leonor Krupp, la cantante, la hermosa, la aclamada. La gloria de La Scala. Ahora un pedazo de carne marchita e inconsciente, un vegetal que había renunciado a la vida y se entregaba a sus cuidados. ¿Tan horrible era su existencia? ¿No había nada por lo que mereciera permanecer despierta? Lo tenía todo: dinero, fama, recuerdos... Tal vez fuera aquello. Tal vez había llegado a ese punto fatal en el que el ayer alcanza mayor peso que el mañana. Sí, por muchos lujos que te rodeen, debe ser duro envejecer cuando has brillado tanto. Ahora a la vieja Leonor sólo le quedaba soñar, huir de ese cuerpo vuelto caricatura y regresar al pasado.

Marisa leyó en el monitor las líneas del encefalograma y reconoció las ondas en huso del estadio No REM 2. La anciana estaba en la obligada fase de descanso. Cada ocho horas se sustituía el fluracepam por un péptido como el DSIP para depurar de metabolitos el organismo y normalizar la estructura del sueño. Miró los electrodos del inductor colgados en la cabecera de la cama. La curiosidad, que tantas veces había sentido y ocultaba, volvió a removerse en su rincón. Los cogió, los sopesó, probó en la palma de la mano la gelidez de su fijador dérmico, un disco de cobre de apenas dos centímetros.

¿Qué mundo ofrecéis? ¿Tan dulce es el premio?

Debía serlo; nadie daba tanto por nada. Las tarifas de la clínica eran desorbitadas: sólo un millonario podía permitirse el coste del tratamiento. Aún así, era sorprendente cuánta gente estaba dispuesta a pagar y renunciar a todo por dormir sin volver a despertarse, lavados y alimentados por máquinas y enfermeras, inmersos en el sueño elegido a la carta hasta el día de su muerte.

La mirada de Marisa se perdió más allá de la línea oscilante del monitor.

¿Por qué no? ¿Por qué no probar? Soy la única enfermera de la planta y sólo me acompaña el médico de guardia. El doctor Bea nunca abandona su cubículo, a menos que le llame o se encienda la alarma de alguno de los equipos de soporte vital.



Aún no había tomado una decisión consciente y ya abrió el tubo con el gel conductor. Echó una gota sobre el disco de cobre y la extendió con el dedo.

¿Por qué no?

Apoyó los fijadores dérmicos en su frente. Un frío repentino hizo que se estremeciera. La sensación duró un instante, pues de inmediato fue ahogada por un alud de estímulos que recorrió su piel, su boca, sus ojos cerrados, iluminados de pronto por imágenes que en realidad no estaban delante de ella. Eran apenas un eco del sueño, tal y cómo lo percibía la durmiente. El programa estaba diseñado para cerebros inmersos por las benzodiacepinas en el estadio Rem; su mente despierta, sin embargo, no era ciega a los estímulos eléctricos y los traducía como sensaciones parecidas a recuerdos, aunque más intensos.

El suave tacto del tul de mi traje. El lejano aroma a violetas que desprende. Se descubre el telón y el tronar de los aplausos crece aún más. Un ramo de flores se acuna entre mis brazos. Intento ver a la gente que me ovaciona, pero la luz es demasiado intensa y me ciega. Calor. Dorada rocalla. Terciopelo rojo. En lo alto una araña de cristal. Aún permanecen impresos en mi memoria los últimos versos en «La Traviata». ¿Me gusta la ópera? No recuerdo haberla escuchado nunca con demasiada atención y en cambio sé que acabo de cantarla. Es mi gran noche de triunfo. Soy una enfermera y el público me adora. Soy Leonora. Soy Marisa. Maestro, por favor... Los músicos se ponen en pie en el foso de la clínica. Di chi nel ciel fra gli angeli kissed my pallid brow...

El vértigo la hizo tambalearse cuando se quitó los electrodos y las imágenes escaparon bruscamente. Hubo un momento de confusión. Aturrida, Marisa buscó alrededor los sonidos y colores que un segundo antes percibía, sin encontrarlos. Ya no había dorados ni púrpura, sino el verde, blanco y gris de la clásica decoración hospitalaria. Sintió un poco de vergüenza, como si hubiera algo de violación en su asalto a los sueños ajenos. Pero ahora comprendía mejor a la pobre Leonor, su huida del sedente y triste retiro para revivir su juventud y recibir una y otra vez la ovación de gente que no existía, de simples fantasmas electrónicos sin conciencia ni deseo.

Dejó los electrodos en la cabecera de la cama. Volvió a consultar el reloj: cinco minutos para la libertad e iba con retraso. Se apresuró. Dio un masaje a la anciana, excesivamente rápido, y la espolvoreó con talco. Peinó sus cabellos. Terminó volviendo a cubrir su desnudez con una sábana nueva.

Mañana le dedicaré un poco más de tiempo, ¿de acuerdo? Es una deuda.

Salió de la habitación y recorrió el pasillo a rápidas zancadas. En el vestíbulo, el doctor Bea ni la vio pasar, encerrado en su jaula de cristal y



atento a las gráficas que iban saltando al ordenador. Marisa entró en la sala de las enfermeras.

Adela ya había llegado. Conversaba con un chico acodada contra el teledata. El aparato hacía días que no funcionaba bien y, en la pantalla, la tez del joven tenía un acusado tono rojizo, aunque se comprendía que era guapo. Tenía suerte Adela. Levantó la mano para saludar a Marisa y volvió con su último novio. A Marisa le irritaba un poco que Adela utilizase el comunicador del teledata cuando sabía que tenía que cambiarse el uniforme. Seguro que al muchacho le importaba un bledo, pero no pensaba desnudarse mientras un extraño la observara.

—Cierra el canal de vídeo y utiliza sólo el de audio. Tengo prisa.

—¿Por favor?

—Por favor.

—Tranquila; termino. —Estampó un beso a la pantalla y cortó la comunicación—. Hija, eres una reprimida. Si enseñaras un poco más ese cuerpo serrano a lo mejor tenías más suerte con los tíos.

Marisa le dio la espalda sin responder; no quería hablar de su vida privada. A nadie le importaba con quien se iba a la cama —o si alguna vez se había ido con alguien—. Abrió su taquilla y empezó a desabrocharse el uniforme. Adela se rió mientras salía de la habitación.

Marisa estaba furiosa. Sabía que sus compañeras la consideran una tonta, que se creía demasiado las novelas y dejaba pasar la vida esperando al príncipe azul. No era verdad. Simplemente no había encontrado aún al hombre que no fuera sólo un bruto egoísta... Aunque, tuvo que reconocer, no tenía demasiadas ocasiones de encontrar hombres, ni de esa especie ni de ninguna otra.

Se vistió deprisa. En realidad tenía poco que hacer, aunque sentía una acuciante necesidad de salir de allí y alejarse de los durmientes. La deprimían, por mucho que procurara no implicarse en sus vidas. Se miró en el espejo. Dejó caer un mechón sobre la frente, en aparente descuido, y ensayó una sonrisa.

Soy joven y bonita, que caramba. Si no saben apreciarlo, ellos se lo pierden.

Abandonó la sala de enfermeras y se detuvo ante el ascensor. Apretó el botón, esperó unos segundos y sonó una campana. Se abrieron las puertas.

Dentro aguardaba el doctor Planas, gerente de la clínica. Al verla entrar le dio las buenas noches. El ascensor reanudó su viaje a la planta baja. A su lado, el doctor miraba fijamente la puerta cerrada, como si hubiera algo interesante que contemplar, como si no la viera cada día. A Marisa no le importaba; casi lo prefería así. ¿De qué iba a charlar con él?



¿De la congestión del tráfico, de los índices de monóxido de carbono aquella mañana? Estaba segura de que, si se cruzaban alguna vez fuera del marco de referencia de la clínica, ni siquiera la reconocería.

Sólo hablaron en una ocasión, haría unos tres años, cuando la contrataron como enfermera. El jefe de personal la condujo al despacho de Planas y allí el director le preguntó por sus aspiraciones en la empresa, entregándose, a continuación, a un monólogo sobre el gran número de durmientes que dependían de ellos, la importancia de la clínica Grundman y lo fundamental del buen servicio para mantener su prestigio y la cuota de mercado. Seguramente lo tenía aprendido de memoria.

El doctor Planas fue alguna vez un eminente farmacólogo, especialista en neurolépticos; ahora prefería dedicarse a la gerencia desde un despacho. Y no le había ido mal, a juzgar por el reloj de oro en la muñeca y el perenne bronceado que muy pocos podían permitirse el lujo de cultivar.

Horario de oficina y pasta gansa. Y no es que se lo reproche al jodido. Si yo pudiera... Mejor tocar papeles que la mugre de los pacientes.

Llegaron a su destino. El ascensor se detuvo con un brusco vaivén y la doble hoja de la puerta se deslizó, permitiendo el paso. El doctor Planas aguardó a que ella se adelantase. Marisa pronunció un adiós y salió de la cabina. Cruzó el vestíbulo sin volverse. Al llegar a la calle entornó los ojos, tosió molesta y buscó en su bolso la mascarilla. Se la ciñó al rostro. Descendió la escalinata del edificio y echó a andar calle arriba, hacia la parada de suburbano.

Las formas aparecían veladas por una niebla cirrótica, ácida, preñada de azufre y humo de combustibles y aceites quemados, que el frío de la noche apenas conseguía disipar. Había mucha gente, dirigiéndose como una riada en su misma dirección; a esa hora miles de trabajadores terminaban su turno y abandonaban el centro para volver a los arrabales. Se dejó llevar. Envuelta en la marea humana, se sumergió en los túneles del suburbano. La detuvo un embotellamiento en las máquinas de cancelación. Marisa soportó estoicamente los codos hincándose en sus riñones. Pisó un pie y avanzó un metro. Era en esos momentos cuando menos entendía a los pacientes de la clínica. Con su dinero podrían comprar la residencia en alguna de las reservas de Oceanía y tumbarse al sol, sin apreturas, al rumor de un mar aún azul; en cambio, preferían un simulacro de existencia. No, no eran ellos los necesitados de tratamiento; si alguien podía considerar deseable el sueño sin retorno, éstos eran los que cada madrugada se volcaban a las calles para acudir a trabajar, los que se hacían en viviendas de pocos metros y, después de pagar el alquiler,



apenas les restaban unos euros para abonarse a la red como única distracción.

Marisa consiguió introducir su tarjeta y acceder al andén. Justo a tiempo: un tren se detuvo en la estación con un bufido. Más empujones ante sus puertas. Se coló como pudo y buscó un agarradero. Sonó una campana. El tren salió disparado a través del cañón de aire comprimido. La súbita aceleración hizo que los pasajeros perdieran pie, pero, apoyados hombro contra hombro, se sostuvieron mutuamente. No había espacio suficiente para caer.

Los altavoces del vagón discursaban sobre filtros nasales, anticonceptivos y refrescos. A su lado discutía una pareja de estudiantes. Marisa intentó abrirse paso para alejarse de sus aspavientos. No lo consiguió; esa noche debería lamentar más de un cardenal. Se resignó a los empujones y cerró los ojos, fatigada y sudorosa. Los anuncios enmudecían de vez en cuando para pregonar una estación. Al poco rato oyó la esperada:

—BARBERÀ. SORTIDA NORD. SALIDA NORTE. NORTH EXIT.

Volvió a empujar hasta abrirse camino. No sería la primera vez que se pasaba de parada por no alcanzar la salida a tiempo. Aquel día mucha gente bajaba en aquel punto y no tuvo problemas. Recorrió el andén. Las escaleras mecánicas la devolvieron a la calle.

Vivía cerca, a tres manzanas de la parada del suburbano, en las entrañas de un gigantesco bloque de pisos. Era toda una suerte poder desplazarse andando, sin volver a embutirse en alguno de los troles que recorrían el distrito. En Barberà la niebla era menos densa y al olor de los carburantes se superponía el de las frituras de los carritos de comida ambulante. Le gustaban aquellos puestos, llenos de color y música caliente. Se acercó a uno y compró una tarrina de guacamole para llevar a casa, siguiendo su camino a continuación. Un son montuno la acompañó.

Llegó al portal de su casa y lo cruzó sin detenerse, pues la puerta principal había desaparecido de sus goznes hacía tiempo. El fluorescente parpadeaba, sin acabar de decidir si encenderse o no. La luz revelaba a trallazos los grafitos en las paredes, los envoltorios plateados de las píldoras de afrodina, el polvo y los excrementos de rata que nadie se molestaba en barrer. Marisa arrugó la nariz y subió las escaleras hasta la segunda planta, donde tenía su apartamento. *Home, sweet home*. Cuatro cifras en el teclado de la cerradura fueron respondidas por un chasquido, que le anunció el libre paso. Entró.

Moho, ropa vieja y ambientador rancio llenaban el aire cerrado; aromas familiares y tranquilizadores... Peor sería abrir la ventana, con ese



caldo amarillo flotando ahí fuera. Dejó el bolso colgado de la percha y la tarrina de guacamole en una mesita junto al sofá, a cuyo abrazo se entregó sin quitarse siquiera la chaqueta. Durante unos minutos miró al techo con la mente en blanco. Luego —sin volver la cabeza, precisa hasta en el desorden— recogió del suelo el mando a distancia del teledata. En la pared la pantalla se iluminó y mostró un menú en azul. Marisa escogió la mensajería. Nada de interés. En todo el día sólo había conectado su madre —...y recuerda llamar a la abuela; mañana es su cumpleaños. Cuidate, nena, y come mucho. La última vez que viniste estabas muy delgada—. Una vez visionado el mensaje, lo borró de la memoria y volvió al menú principal.

¿Una película o los informativos? Una película. Veamos, algo romántico... «Jane Eyre» no está nada mal. ¿Actores? Clive Palmer... Bueno.

Comió mientras contemplaba la película. Al poco perdió el interés, por muy guapo que fuera el Palmer. Ya conocía la historia por antiguas adaptaciones, y la actitud temerosa y decidida a un tiempo de la heroína le pareció interpretada sin ninguna convicción. Bostezó. Tras apagar el teledata fue a la cocina, arrojó la tarrina vacía al triturador y decidió irse a dormir. Una cierta congoja la oprimía.

Con los párpados pesándole como plomo, su último pensamiento consciente antes de entregarse al sueño fue que ella, precisamente, no necesita de drogas para poder dormir.

—Eres una tía con suerte.

Adela acababa de cambiarse y se retocaba el maquillaje ante un espejo.

—¿Yo? —preguntó Marisa recelosa, esperando alguna broma—. ¿Por qué?

—¿Aún no has visto el plan de servicios para hoy? Te has librado del aseo y me ha tocado a mí. A rascar roña todo el día, no te jode...

Marisa consultó en el teledata y vio que era cierto. Acababa de ingresar un paciente nuevo en la habitación 21 y la habían designado a ella como veladora. Bien, no iba a quejarse, pues resultaba una de las tareas más tranquilas. Siendo la enfermera con menos antigüedad, hasta aquel momento le habían tocado los trabajos más ingratos; ya era hora de que tuvieran alguna consideración con ella.

Fichó entrando su código personal. Se puso el uniforme, colgó la ropa de calle en la taquilla y se encaminó a la habitación 21.

Se sorprendió al encontrar en la cama un hombre que no debía llegar a los cuarenta. En un gesto automático se fijó en sus párpados y no detectó ninguna actividad bajo ellos. El rigor muscular empezaba a relajarse y en el monitor el electroencefalograma dibujaba una línea levemente zig-



zagueante, con repentinos saltos pronunciados: los complejos K. Aún no había entrado en la fase REM; de hecho, debía llevar durmiendo muy pocos minutos.

A su lado el doctor Bea estaba cargando los datos del equipo de control en su *notebook*. Cuando terminó, comprobó la actualización y se guardó el aparato en un bolsillo de la bata.

—¿Quieres que te traiga un café? ¿Un refresco? —Marisa dijo no con la cabeza—. ¿Estás segura? Tendrás que estar aquí sola un montón de horas hasta el relevo.

—En realidad me parecen casi unas vacaciones, en comparación con lo que me han encargado en los últimos meses.

El doctor Bea sonrió.

—Generalmente es así; pero en algunos casos los pacientes experimentan reacciones extrañas al fluracepam, como fiebre o espasmos, y entonces hay que revisar la dosificación. Por eso es necesario vigilar al enfermo durante veinticuatro horas. Jugar con el sistema nervioso de un hombre no siempre es gratis.

—Lo sé, doctor. Estaré en guardia.

El doctor Bea se despidió y salió de la habitación. Siempre se había mostrado muy atento con ella, pero cabía la duda de que ocultara segundas intenciones. El doctor era bastante atractivo y, como muchos médicos, convertía la conquista de las enfermeras en una especie de competición personal. *Al menos no pertenece a la especie de los pulpos*, pensó Marisa mientras se acomodaba en una de las butacas.

Vigiló el monitor. Un dígito en una esquina indicaba treinta minutos desde el inicio del adormecimiento. Pronto entraría en la fase de ondas delta; aún debería aguardar una hora más, al menos, para observar su entrada en la fase REM. Era un momento delicado. Hasta ese instante resultaba imposible verificar si la programación de su sueño era la correcta, pues cualquier *bug* involuntario podía convertir en pesadilla lo que debería ser un sueño placentero. El único método de comprobarlo era observar atentamente las reacciones físicas del durmiente.

Una pesadilla de la que no puedes despertar. Marisa se estremeció. Hasta entonces los sueños sintéticos se habían limitado a ser un lucrativo negocio, pero en malas manos podían llegar a convertirse en un instrumento terrible. La condena a sufrir tus miedos una y otra vez podía ser peor que una sentencia de muerte. En los pasillos se contaba alguna anécdota sobre experimentos de ese tipo, aunque Marisa siempre la había tenido por uno más de los cuentos con los que se probaba la credulidad de los novatos. La posibilidad existía, sin embargo, y eso bastaba para convertirla en aterradora.



El fluracepam 7 se había erigido en el somnífero definitivo, la última generación de las benzodiazepinas descubiertas a mediados del siglo pasado por Henrik Leo Sternbach. Las benzodiazepinas reforzaban la acción del ácido aminobutírico-gamma, un neurotransmisor natural inhibidor del sistema nervioso central. De su amplia familia, el fluracepam era el fármaco más resistente a la tolerancia y, sobre todo, mucho más que los barbitúricos, prácticamente en desuso. Si algo tenía el fluracepam de negativo era su capacidad adictiva, pero eso no importar demasiado: ninguno de los pacientes quería volver a estar despierto.

No obstante, el fármaco apenas habría servido de nada sin los avances informáticos en realidad virtual de las últimas décadas. Lo que en un principio fue desarrollado como un juego espectacular y un método barato de simulación para entrenamientos, había encontrado su primera aplicación médica en psiquiatría, con la reproducción de los sueños paranoides de los enfermos y su posterior alteración. Era inevitable que alguien acabara considerando el sistema como el refugio ideal para millonarios aburridos del mundo que les rodeaba.

Inmersa en sus reflexiones, Marisa ni se dio cuenta del transcurrir del tiempo. En la cama el durmiente se agitó y empezó a eruirse un bulto sospechoso bajo las sábanas. Al principio, durante sus prácticas de enfermería, se había escandalizado un poco con aquellas erecciones de los durmientes; ahora las contemplaba como un síntoma más de que todo andaba correctamente. Las manos morenas del paciente se contrajeron y en el ceño aparecieron algunas arrugas. Su respiración se aceleró. El ritmo cardíaco permanecía en los límites normales.

El convulso trazado de la línea del encefalograma se había aplacado, mostrando un esquinado más suave. El durmiente entraba en su primera fase REM, de diez minutos.

Marisa se relajó y se olvidó un rato del monitor para contemplar al nuevo paciente. Le intrigaba. «Retirarse» tan joven resultaba, cuanto menos, una excentricidad. La mayoría de durmientes eran ancianos a los que no les quedaba una esperanza de vida superior a diez años. A él le aguardaba una pequeña eternidad de lenta degradación física antes de morir. ¿Treinta, cuarenta años? No estaba segura de que nadie pudiera aguantar tanto tiempo bajo los efectos de las drogas y en completa inmovilidad. Pronto sus carnes, ahora frescas y tersas, se amaratarían y llenarían de llagas, y los masajes y antisépticos poco podrían hacer para evitarlo. Marisa sabía que pocos clientes consideraban aquel aspecto cuando firmaban el contrato. Lo que buscaban era, simplemente, dejar atrás la realidad.



En algún lugar de los sótanos miles de discos ópticos encerraban en forma de bytes los sueños que les suministrarían, diseñados a medida según las especificaciones de cada cliente. Mundos con un único protagonista; tentación atractiva, sin duda. *Y un refugio para cobardes*, se dijo Marisa.

Se levantó y se acercó a la cama. Habían grabado el nombre del paciente —Walter Celaya— en una plaquita dorada junto al cabezal. Sus ojos se movían con rapidez y su boca trazaba una sonrisa serena. Marisa cogió una toallita de papel y limpió el hilillo de baba que fluía por la comisura de su boca.

Tienes que haber sufrido mucho. ¿Por qué, si no, rendirse de este modo? Tal vez te faltó paciencia, esperar un poco... Todo dolor tiene un bálsamo. ¿Quién sabe sí...?

Marisa se molestó ante sus pensamientos y volvió a la butaca intentando borrarlos, aunque el joven durmiente despertaba en ella una curiosidad difícil de apagar.

Para muchos, el tratamiento del sueño podía convertirse en un sucedáneo del suicidio. Si para la mayoría de la humanidad la muerte era la única salida posible para muchas angustias, los durmientes habían optado por un método más fácil y placentero. Continuaban vivos, en un sentido estricto; pero la vida, además de un proceso biológico medible, es también cambio, transformación y combate. ¿Cabría considerar vivientes a aquellos cerebros atrapados en un bucle interminable que no hacía otra cosa que repetir la mismas escenas? Había pacientes, como la anciana Leonor Krupp, que recreaban su gloria perdida; otros se contentaban con rememorar su existencia cotidiana con personas muertas años atrás y a las que no se habían acostumbrado a olvidar; unos pocos, tal vez los más imaginativos, preferían entregar a los programadores el guión de alguna aventura que jamás se habrían atrevido a afrontar durante su vida gris y atada a las convenciones. ¿A cuál de aquellos grupos pertenecía su paciente? Era lo suficientemente joven como para no ceder a añoranzas o arrepentimientos. Tenía que echar algo de menos, algo que el dinero —que debía poseer en abundancia— no podía comprar.

Sin saber cómo, Marisa se encontró fantaseando sobre el hombre dormido. Imaginó un rechazo inmisericorde, un amor imposible, una separación trágica... Tal vez en algún lugar de la ciudad, y en aquel momento, una mujer cumplía con sus tareas inconsciente del desatino que aquel hombre acababa de cometer por ella.

De poder leer sus pensamientos —reconoció Marisa con un suspiro— a sus compañeras de trabajo les encantaría confirmar la caricatura que dibujaban de ella como romántica impenitente.



A las diez de la noche el paciente de la 21 ya había pasado cinco veces por el estadio REM sin demostrar ninguna alteración. Cuando llegó la enfermera del siguiente turno para sustituirla, a Marisa le irritó un poco comprobar que, en contra de las ordenanzas, llevaba en la mano un visor portátil. Sin duda se pasaría su turno leyendo revistas electrónicas o viendo telenovelas, y dedicaría al durmiente sólo alguna ojeada esporádica. De cualquier forma, era poco probable que manifestara alguno durante la madrugada, pasadas aquellas ocho horas primeras sin problemas.

Estará bien —se dijo, combatiendo una inquietud que no acababa de entender—. *Y aunque así fuera, tampoco debería preocuparme. El señor Celaya no es nada mío.*

Como era habitual, a mediodía del día siguiente Marisa tomó el suburbano para acudir a la clínica. Los empujones, el olor a sudor, la prisa en el ambiente, que tan desagradables resultaban de ordinario, no consiguieron empañar su insólito buen humor. A Marisa no le gustaba su trabajo. Ni una semana de limpiar la suciedad ajena había necesitado para darse cuenta de que ser enfermera no era tan bonito como parecía a través de las películas; requería más vocación y entrega de la que ella tendría jamás. No obstante, se sentía impaciente por volver a su puesto y saber cómo había pasado la noche el paciente de la 21.

Apenas se sintió contrariada al comprobar que habían vuelto a asignarle el servicio de aseo. Recogió el carrito y con un suspiro de falsa resignación empezó la ronda habitual.

Cuando fue contratada y comprobó que no iba a estar en ningún quirófano pasando bisturís al cirujano, sino limpiando excrementos, Marisa consideró que, pese a lo desagradable, el trabajo iba a tener también sus compensaciones. Se le concedía un margen de autonomía y no tendría encima a un jefe mirando por encima del hombro. Pronto comprobó por qué no era necesario.

Su planta constaba de cincuenta habitaciones, habitualmente llenas. Aquello significaba que no llegaba a los diez minutos el tiempo del que disponía para reponer los frascos de fluracepam en los goteros, vaciar bacinés, limpiar a los durmientes y cambiar la ropa de cama. En su primer día, al llegar al tercer paciente ya había acumulado un retraso de quince minutos y, por más prisa que se dio, tuvo que prolongar su jornada una hora más para poder acabar el trabajo. Ahora, con la práctica, ya no le ocurría; pero no tenía tanta como para no andar siempre apurada, pendiente del reloj y al borde del agotamiento.

Ante la visión de sus miembros delgados y quebradizos resultaba increíble comprobar lo pesados que eran en realidad los cuerpos de los



durmientes. El primero no se notaba; quizá tampoco los dos o tres siguientes. Después de varias horas girándolos para limpiar y masajear sus espaldas, a los brazos doloridos de Marisa los cuerpos parecían lastrados por una tonelada de plomo.

Sólo le consolaba su capacidad para abstraerse y realizar sus tareas mecánicamente, mientras su cabeza se distraía con conversaciones imaginarias o recordando la letra de alguna canción. Ahora su repertorio de entretenimientos mentales se había ampliado con la llegada del paciente de la habitación 21. Los pensamientos de Marisa se repartían entre las razones que le habrían movido a adoptar aquella decisión y el recuerdo de su perfil anguloso y enérgico, tan varonil, como sacado de un anuncio de colonia para hombres.

Al llegar a ese punto no dejaba de repetirse que era una tonta. Cualquier ilusión que se hiciera al respecto sólo serviría para hacerse daño. Sin poder evitarlo, el desconocido Walter Celaya había conseguido despertar en ella una comezón casi olvidada.

Era un capricho equiparable al que cualquier chiquilla fantasiosa siente por su profesor; aunque aquí la fascinación por la autoridad había sido sustituida, seguramente, por el instinto de protección. Podría admirarle, permitirse soñar con él, pero difícilmente su interés conduciría a ninguna parte. Walter Celaya nunca despertaría; a efectos prácticos era como si estuviera en otro planeta y sólo viera su imagen a través del teledata. Demostraría más sensatez respondiendo a las aproximaciones del doctor Bea que encariñándose —¿enamórase? Marisa no se atrevía ni a pensar en la palabra— de un durmiente. Tal vez, reflexionó en voz baja un rincón oscuro de su mente, era su misma inaccesibilidad, unida al misterio, lo que le hacía atractivo. Siendo una mujer joven y no carente de gracia, su escaso éxito sentimental sólo podía entenderse por su propio miedo. Temía a los hombres, temía derribar sus propias barreras y ceder a la intimidación con extraños... Temía, en definitiva, al dolor, aunque su prevención no hacía otra cosa que prolongarlo y hacerlo más sordo, quizá, pero no menos dañino.

Cuando, en su recorrido, llegó a la puerta de la habitación 21, antes de entrar amordazó a su quisquillosa conciencia.

Buenas tardes, Walter. Sobre desearse felices sueños.

El paciente dormía plácidamente, con los discos de cobre bombeando imágenes a su cerebro. La enfermera de la mañana no se había molestado en rasurarle y una barba oscura empezaba a despuntar en sus mejillas y mentón. No era su deber, pero a Marisa le molestó aquella falta de respeto. En un anaquel de vidrio junto a la cama estaban los útiles de



aseo de cada paciente. Cogió la máquina de afeitarse y empezó a deslizarla por su rostro. Le sujetaba de la barbilla para mantener firme su cabeza y Marisa notó bajo sus dedos una súbita tensión, como si a pesar de los efectos del somnífero el paciente se diera cuenta de su presencia, notara el contacto sobre su piel e intentara girar la cabeza.

Tranquilo; son buenas manos. Mientras dependas de mí estarás bien atendido. Y ni siquiera espero propina.

Después del afeitado pasó una toallita con loción por su cara. No se detuvo a contemplar el resultado de su obra; ya se había entretenido demasiado. Retiró la bolsa del catéter, arrojó las sábanas al carrito y prodigó un enérgico masaje.

Walter Celaya tenía el cuerpo de un hombre que ha pasado muchas horas en el gimnasio: abdominales bien definidos, pectorales duros como rocas, bíceps voluminosos... Mientras acariciaba sus músculos, Marisa empezó a excitarse. Era una sensación nueva. Nunca le había parecido que el cuerpo masculino fuera especialmente admirable. Ciertamente que en el teledata aparecían algunos modelos muy guapos, pero jamás había podido constatar su existencia en el mundo real. Los hombres con los que se encontraba en el trabajo o andando por la calle tendían más a la blandura, con sus vientres prominentes y sus nalgas caídas. Marisa buscaba algo más que un físico espectacular: sensibilidad, comprensión, un poco de ternura... De todos modos, Walter Celaya habría colmado las expectativas de cualquier mujer.

Marisa se apartó de la cama. Respiraba muy deprisa y sentía en sus mejillas un incómodo ardor. *Ojalá no entre nadie.* Fue a la pila del lavabo y se remojó la cara. En pocos minutos recobró la compostura. Volvió entonces junto al durmiente, lo cubrió con las sábanas nuevas y lo peinó.

Marisa abandonó la habitación 21 esforzándose para no volver la vista.

Acabó su turno con una aspereza en su ánimo muy diferente al excelente humor con el que había entrado a trabajar. Cinco minutos antes de las diez bajó el carrito al sótano, arrojó la basura al incinerador y entregó las sábanas en lavandería. Después regresó a su planta para quitarse el uniforme.

El doctor Bea estaba en el pasillo, junto a la puerta de la cabina de control. Tenía un vaso en la mano y removía su contenido con un palito de plástico, mientras lo miraba escasamente complacido. Al pasar Marisa a su lado levantó la vista.

—Hola, Marisa. ¿Ya te vas a casa?

—Sí, doctor...



—Si te esperas un minuto a que llegue mi relevo puedo llevarte en coche. A partir de hoy tengo horario nuevo y me coge de paso.

Marisa dudó. Acabó decidiendo que no sería mal remedio para su obsesión la compañía de alguien capaz de mantener una conversación coherente en lugar de limitarse a proferir ronquidos.

—Gracias, doctor. Me cambio y le acompaño.

Antes de llegar al cuarto de las enfermeras Marisa ya había empezado a arrepentirse. A lo mejor el doctor Bea interpretaba su aceptación como pie para un mayor acercamiento, y no era esa su intención. No le gustaba el doctor. Demasiado pagado de sí mismo, demasiado ansioso por triunfar. De sus tiempos como residente le había quedado entre sus compañeros la fama de trepador implacable, que ahora procuraba maquillar con una amabilidad no siempre sincera.

Se mudó de ropa y salió con la esperanza de que alguna urgencia de última hora retrasara al doctor y le brindara así una excusa para marcharse sola. Pero el doctor Bea aguardaba en la puerta, sin su bata blanca y con una chaqueta de diseño italiano.

Tomaron el ascensor hasta el garaje de la clínica. El aparcamiento asegurado era un privilegio del que no disfrutaban muchos y sin él los vehículos tenían prohibido el acceso al centro de la ciudad. Si ya lo había sido en el pasado, ahora más que nunca el automóvil se había convertido en termómetro del nivel social de su propietario.

El doctor Bea condujo a Marisa hasta un Volvo último modelo y abrió la puerta del acompañante antes de dar la vuelta y entrar él mismo. Arrancó y enfiló lentamente la rampa hasta salir al exterior.

—Vives en Barberà, ¿verdad?

—Sí, doctor Bea.

—¡Oh, vamos! ¡No seas tan formal! Eso está bien con viejos carcamales como el doctor Planas, pero nosotros debemos de tener la misma edad. Llámame Alex, simplemente.

Alex. Alex Bea... No le encajaba el nombre. Por él se le supondría uno de los camilleros de la sección A o un auxiliar de farmacia. Bea no era apellido para un médico; demasiado breve. Liviano. Mejor Ortega o Santamaría.

Marisa sonrió ante su ocurrencia. Alex interpretó el gesto de forma equivocada y sonrió a su vez.

Estar dentro del coche obligaba a una intimidad que difícilmente podía producirse en otro sitio. Marisa sintió en su piel el calor que desprendía el doctor Bea y su olor particular: loción *Aura* y un leve recuerdo de tabaco rubio y pastillas de menta. Sobre el volante estaban sus manos



suaves, de uñas perfectamente recortadas. Sus ojos castaños, en la penumbra, aparecían más oscuros e intensos que en la clínica.

Conducía con afectada soltura, aunque sorteaba agresivamente a los restantes vehículos intentando impresionar a Marisa. Podía haberse ahorrado el esfuerzo; a ella le resultaba indiferente su pericia al volante. Viendo que de aquel modo no conseguía ningún efecto, el doctor Bea probó a entablar conversación:

—¿Cómo fue ayer la guardia? ¿Aburrida?

—No tanto. Estaba suficientemente intrigada como para que el tiempo me pasara volando.

—Por el paciente, supongo...

—Sí. Nunca había atendido a nadie de esa edad. Resulta extraño. ¿Por qué decidiría ingresar?

El doctor giró a la derecha y el automóvil redujo automáticamente sus marchas a medida que se adaptaba a la velocidad decreciente del desvío.

—Es la pregunta que nos hacemos todos. En eso los médicos tenemos una ventaja sobre el personal sanitario: podemos acceder a su historial.

Marisa se volvió hacia el doctor, interesada.

—Claro; no se me había ocurrido. Tal vez tú sepas algo..., Alex.

El doctor Bea se removió en su asiento, feliz de encontrar un tema que le permitiera presumir ante Marisa. Su rostro adoptó una expresión ufana.

—Walter Celaya llevaba horas en recepción de pacientes al llegar yo a la clínica. Le habían inyectado un sedante de transición antes de llevarle a su cama e iniciar el tratamiento. Estaba ligeramente embriagado por la droga; ya sabes lo locuaces que se vuelven algunos pacientes en esos momentos. Él, en cambio, ni abrió la boca. Mientras le examinaba intenté mantener una conversación, sin resultado.

«Después, con el paciente durmiendo, pregunté a los compañeros. Nadie sabía nada de él. El ingreso lo autorizó el doctor Planas en persona... Donde hay capitán no manda marinero.

—Consultarías el historial...

—No tardé ni un minuto. Desde la cabina de control conecté con la base de datos... Walter Celaya Peña. Treinta y seis años, con un estado de salud envidiable. Abogado y economista. Alto ejecutivo de la Southern Electric... Tiene crédito suficiente para pagarse una siesta de siglos. Si yo fuera él, emplearía mi dinero en algo completamente diferente, desde luego; parece estúpido echarse a dormir teniendo el mundo a tus pies. Pedí



el informe psicológico, pero no apareció. En su lugar encontré las conclusiones de una entrevista personal realizada por el doctor Planas.

—¿Es eso correcto? Creía que para autorizar el tratamiento era obligatorio el informe.

—En realidad se trata de un tecnicismo para cubrirnos las espaldas en caso de que algún familiar intente demandarnos. Si un experto certifica que nuestro cliente decidió sumirse en el sueño por voluntad propia y en pleno uso de sus facultades mentales, ningún picapleitos tendrá dónde agarrarse. En el caso de Walter Celaya nada impedía prescindir del papeleo, pues no tenía a nadie en el mundo.

—¿A nadie?

—En absoluto. Sus padres fallecieron en un accidente, teniendo él diecisiete años. Y su mujer e hija... Bueno, eso es lo más desagradable de la historia. Supongo que ahí reside la clave para entender su decisión.

—¿Qué les sucedió?

—Un maniaco las violó y asesinó... A las dos. —El doctor Bea entrecerró los párpados hasta que casi formaron una línea dura y negra bajo las cejas fruncidas—. La niña tenía sólo seis años.

—¡Dios mío! —exclamó Marisa con verdadero pesar, encontrando sus fantasías sentimentales casi insolentes ante aquella revelación—. Nadie puede desear seguir en el mundo después de algo como eso.

El doctor Bea lamentó demasiado tarde haber hablado tanto; Marisa se sumió en un silencio caviloso el resto del viaje, impresionada por la historia. Sólo pareció despertar al llegar a Barberà. Fue indicándole al doctor el camino que debía seguir para llegar hasta su casa.

Cuando se detuvieron, el doctor Bea dudó, como queriendo decir algo. Tal vez había elegido aquel momento para hacer algún tipo de proposición. Se lo pensó mejor y se limitó a desearle las buenas noches. Marisa le dio las gracias por su amabilidad y bajó del coche, que no arrancó hasta que ella entró en el portal.

Aquella noche, después de cenar, Marisa pidió a su teledata que rastreara cuantas noticias hubiera disponibles sobre Walter Celaya. Tras unos segundos de espera apareció en pantalla un índice con todos los ítems hallados. Descartó algunos artículos procedentes de páginas de información financiera hasta encontrar lo que buscaba.

El asesinato de su familia había merecido titulares durante un par de días; después, una larga serie de sueltos continuaron informando sobre el desarrollo de la investigación hasta su cierre.

Como era habitual por su trabajo, Celaya había permanecido fuera de casa durante una semana en viaje de negocios. A su regreso no fue una



bienvenida cariñosa lo que recibió. Alguien había burlado los sistemas de seguridad del jardín y había llegado hasta la puerta principal. No demostraba ésta que hubiera sido forzada, quizá porque, al no recibir aviso de las alarmas, su mujer había abierto creyendo que era el marido quien regresaba inesperadamente.

A Celaya se le presentó un cuadro terrible. Los muebles aparecían volcados, hechos jirones los cuadros, rotas las cerámicas que adornaban el interior... En el suelo tropezó con el batín desgarrado de su mujer. La manchas pardas no formaban parte, precisamente, del estampado.

La sangre, puntuando los peldaños con gruesos goterones, testimoniaba una huida desesperada escaleras arriba, hasta llegar a uno de los dormitorios, aunque el improvisado refugio sólo había servido para exaltar la furia del intruso. La puerta estaba astillada y arrancada de sus goznes por las arremetidas de un pebetero metálico. Dentro, Walter Celaya encontró a su mujer y su hija.

O lo que el asesino había dejado de ellas.

Las noticias del teledata obviaban los detalles, pero dejaban traslucir el brutal ensañamiento del que habían sido objeto con una frase: «Sólo las piezas dentales permitieron su reconocimiento».

Marisa apagó el teledata con el asco estrangulando la boca de su estómago. Los sueltos no anunciaban la detención de nadie. El loco que había cometido el crimen —porque nadie que no tuviera una mente insana podía ser capaz de cometer aquella atrocidad— aún seguía en libertad.

Ahora era fácil entender a Walter Celaya; el dolor, la desesperación, la rabia, acrecentados por la constancia de que todo había quedado sin castigo. El olvido era lo único deseable en aquella situación... O tal vez no, reconoció Marisa. Quizá el pobre hombre había escogido volver a vivir su pasado, antes de que la irracionalidad de la violencia destrozara su hogar, y en estos momentos soñaba con su regreso a casa, con una esposa e hija cariñosas que se acogían a su abrazo.

Durante todo su turno Marisa tiró del carrito con alguna urgencia, aunque en realidad nada la forzara a acelerar su ritmo de trabajo. Al acabar la habitación 10 tenía seis minutos ganados sobre las previsiones y al llegar a la 20 esta renta se había incrementado hasta el cuarto de hora. Nunca había trabajado con tanta rapidez, pero no era el entusiasmo sino la impaciencia lo que la impulsaban, inconscientemente, a adelantar sus rutinarias atenciones a los durmientes.

Marisa quería ver a Walter Celaya. Todo lo que había sabido el día anterior cambiaba por completo la imagen que se había trazado de él. Si



ya se sentía atraída por su llamativa juventud, su tragedia personal la enternecía aún más. Ahora ya no se retraía de admitir su capricho. Le gustaba aquel hombre y habría deseado verle despertar para consolarlo, para hacerle comprender que ella entendía su dolor y que haría cuanto pudiera para intentar mitigarlo.

Por supuesto, Marisa sabía que esa escena que se representaba una y otra vez en su imaginación nunca tendría lugar. Walter Celaya se había condenado a sí mismo a dormir para siempre y ella no tenía el poder de hacerle regresar. Sí estaba en su mano, al menos, el cuidar de su cuerpo inconsciente. Él no lo sabría, pero Marisa siempre estaría a su lado.

Para llegar a la habitación 21 cruzó ante la cabina de control. El doctor Bea la saludo alzando la mano y con un «hola» que sus labios pronunciaron pero no llegó a traspasar el cristal. Marisa respondió con idéntico gesto e hizo girar el carrito para introducirlo por la puerta de la habitación.

Walter Celaya estaba más pálido, con pequeñas gotas de sudor lustrando su piel. Esa delgadez malsana que mermaba a todos los durmientes había empezado a cebarse en sus brazos y mejillas. Tumbado de costado y sin los electrodos de cobre en su cabeza, Walter pasaba por su fase de reposo con sueño No REM.

Marisa se quedó de pie delante de la cama, contemplándolo. Miraba su frente, cruzada por arrugas prematuras, y se preguntaba por los tormentos que se removían allí detrás... A lo mejor, después de todo, no estaba enamorada de él, como había llegado a creer. La compasión no se aviene con el amor, y era compasión, ahora estaba segura, lo que sentía por Walter Celaya.

Esperaba, al menos, que después de sufrir tanto hubiera encontrado un poco de paz. Se lo deseaba sinceramente y estaba dispuesta a comprobar que así era, que ningún error de los programadores hubiera permitido un resquicio por donde el dolor pudiera colarse.

Marisa cogió los discos de cobre del inductor de sueños, untó su superficie con el gel y los apoyó contra sus sienes.

Frío. Oscuridad. Luces. Pequeñas luces en el cielo y ante mí.

En la noche la luz de la ventana brillaba cálida, invitadora. La miró fijamente y volvió luego la vista a las casa vecinas. Él —o ella, porque en Marisa se mezclaban los pensamientos propios con los de Walter Celaya— casi podía oír los pasos sobre la moqueta, el tintineo de los cubiertos disponiéndose para la cena, las risas enlatadas de una comedia del teledata. Le temblaban las manos de pura impaciencia, pero tenía que esperar para no ser descubierta, como había aguardado en el hotel junto



al aeropuerto: contando los minutos y las horas hasta decidir que era el momento adecuado.

No encendió la radio del coche. No fumó. Se abrazó para contener su impaciencia y aguardó a que las luces se fueran apagando. Todas menos las de su casa. Ya sabía que las encontraría así; a ella —*maldita zorra*— le gustaba leer hasta tarde, cuando la niña dormía y todo quedaba en silencio.

Abrió y bajó del coche. No se detuvo a cerrar la puerta. En su cabeza sólo cabía la imagen de aquella carne blanca, de los labios rojos hinchidos de sangres. *Gritará. Sí, gritará. ¡Cómo gritará!* Sintió volver el temblor y cerró los puños hasta clavarse las uñas en la palma de la mano.

Cruzó la calle. La cancela del jardín detectó el llavero en su cinturón y se abrió silenciosamente. Todo le empujaba hacia delante. El agudo chirrido de los grillos, la luz de la luna tallando los perfiles, eran como espuelas que se clavaban en su cabeza. Le recordaban la filosa forma de las navajas, de los cristales astillados, de las hojas de afeitar...

Llegó a la puerta de la casa a grandes pasos, pero ésta no respondió a la señal de su llavero. *La zorra ha cerrado por dentro.* Sintió el impulso de golpear y hacer pedazos esa delgada hoja de madera que se atrevía a interferirse en su camino. Se contuvo y llamó al timbre. Aun así se dio cuenta de que apretaba el botón con excesiva insistencia. Su deseo era tan grande... Una flor roja que abría sus pétalos espinosos y amenazaba con desgarrar sus entrañas. Llamó de nuevo. Llamó, llamó...

Pasos tras la puerta. Un zumbido electrónico y la cámara sobre el dintel se inclinó para observarle. Una exclamación sorda en el interior. Un chasquido. Otro. Los pestillos se descorrieron y se abrió la puerta. Una mujer le sonrió y se estrechó el cinturón de la bata.

La reconoció.

Marisa vaciló, dividida entre su pensamiento consciente y las imágenes de los sueños inducidos. Ella se sentía incapaz de recordar su nombre, pero para Walter Celaya aquella mujer era alguien muy familiar. Podía recordar su olor, el sabor salado de su piel, el timbre de su voz. ¿Se trataba de su esposa?

La mujer se acercó y toda reflexión se vio barrida por una avalancha de nuevas sensaciones. Ella habló —«No esperaba que regresaras tan pronto»— y Marisa notó la presión de unas manos que se apoyaban para darle un beso.

No dejó que lo hiciera. Levantó la mano y la golpeó con todas sus fuerzas. Azotada, la mujer giró bruscamente. Se derrumbó, cayendo de



Certamen Alberto Magno

costado. Con la mano en el rostro la contempló con una mirada incrédula y anegada por las lágrimas.

Tu marido a llegado a casa, dijo Marisa; pero las palabras no sonaron en su boca sino entre la cacofonía de ira, deseo y satisfacción, una violenta satisfacción, que era ahora su cabeza.

No quiero que me toques.

La mujer lloraba. Marisa le arrojó una patada que se hundió en su costado. Se revolvió intentando apartarse. Un nuevo puntapié impactó en su cabeza.

Aturdida, la mujer andó a gatas unos metros, aunque no consiguió escapar. Fue agarrada por los pelos y obligada a ponerse de rodillas, solo para volver al suelo tras un golpe con el dorso de la mano que cruzó su mejilla. Una mancha de sangre empezó a extenderse por la moqueta desde sus labios partidos.

Eres una perra sucia. Necesitas que alguien te enseñe. Sí, yo lo haré. Te juro que te enseñaré lo que es bueno.

Marisa no supo cómo aquella mujer maltratada consiguió escabullirse. Volvió a sujetarla y su bata se desgarró, quedándose con la prenda entre las manos, mientras su víctima corría desnuda hacia las escaleras. Marisa la alcanzó y la sujetó por el tobillo. Tiró para atraerla, pero la mujer se agarró a las columnas de la barandilla. Aquello la enfureció todavía más. Marisa —Walter— se arrojó sobre su espalda, mordiéndola, arañándola. Hizo presa en sus manos engarfiadas y tiró hasta que sus dedos cedieron con un chasquido seco. Su chillido de dolor estremeció la casa.

«¿Mamá? ¿Qué sucede, mamá?»

La voz sonó en el piso de arriba. En su delectación había olvidado a la niña. Marisa se alegró de recordarla; aquello iba a hacer la fiesta mucho más divertida.

La mujer aprovechó los escasos segundos en que su esposo, atraído por la voz, dejó de herirla para darle un empujón. Marisa perdió el equilibrio, vaciló al borde de un escalón y cayó rodando un breve tramo. Cuando consiguió incorporarse, la mujer había llegado al descansillo y doblaba la esquina, perdiéndose en el pasillo.

No le importó. En un arrebato de exaltación y violencia empezó a arrancar los cuadros, a barrer a manotazos los estantes. Se entregó a la destrucción, hasta que tuvo que detenerse exhausta y jadeante... *Bien ya se han acabado los juegos. Es la hora de la verdad.*

Cogió un pebetero de metal y con él en las manos subió las escaleras hasta el descansillo. Observó el corredor con sus puertas cerradas, escuchando en silencio. *¿Dónde te escondes, zorra?*



Desde el cuarto de la niña le llegó una voz: «Mamá, ¿qué le pasa a papá?». Con una sonrisa en los labios, agarró con más fuerza el pebetero y echó a andar...

Marisa se arrancó los electrodos, horrorizada, y corrió hasta la pila del lavabo para vomitar. Se vació entre convulsiones y luego cayó de rodillas, haciendo un esfuerzo para alejar las nauseas que se esforzaban en volver. Si se lo hubieran contado se habría negado a creerlo. Marisa había contemplado —sentido— los sueños de Walter Celaya con una mezcla de fascinación y terror; pero lo que más la asqueaba es que, mientras estuvo bajo el hechizo de los inductores, la sensación de goce había sido mucho más fuerte y atrayente que la repugnancia. La parte de Marisa que se solapaba con Walter Celaya había tenido que hacer un enorme esfuerzo de voluntad para abandonar el sueño y no continuar hasta el final.

Un final que presumía horrible.

¡Dios santo, cómo es posible! ¡Cómo puede contener un ser humano tanta suciedad! Walter Celaya, al que había idealizado, era en realidad un asesino, enfermo y despiadado, una bestia que disfrutaba con el dolor ajeno... ¿Y qué mayor placer que el terror de los que más te quieren? Marisa podía imaginarlo refrenándose durante años, relamiéndose de impaciencia mientras el banquete se preparaba lentamente, con un hambre que duraba desde la muerte de sus padres —*¿en accidente?*— mucho tiempo atrás. Como una planta carnívora que con el atractivo de su néctar atrae a las moscas que devorará, había conquistado a una mujer, creado un hogar y tenido una hija. Sólo para destruirlo todo en un festín de sangre.

Y luego el vacío. ¿Cómo resignarse al abismo tras elevarse hasta el cenit de la gloria? Nada que hiciera después, ninguna atrocidad, por elaborada que fuese, podría compararse a aquella última mirada de su hija mientras moría desgarrada por sus manos.

Pero era posible revivirlo. Volver a matarlas, una y otra vez, en cada hora, de cada día, de cada año. Siempre.

Sólo necesitaba soñarlo.

Marisa se levantó, pese a la debilidad de sus piernas. Se lavó la cara y limpió la boca de vómito con unos buches de agua. Desde el espejo, un rostro ojeroso e hinchado parecía interrogarla. No acertó a darle una respuesta.

¿Qué maldita cosa tengo que hacer?

Los responsables de la clínica ya habían cometido un delito al encubrir a un asesino; además estaba su responsabilidad moral. ¿Hasta dónde era lícito usar sus generadores de sueños para perpetuar la aberraciones



de un degenerado, aunque no hubiera ninguna ley en contra? ¿Hasta ahí había llegado su ansia de dinero? ¿Dolor y muerte por unas monedas?

Marisa se vio asaltada por un miedo repentino que apenas consiguió ahogar su cólera. Sólo ella sabía de sus manejos, sólo ella podía acusarlos... Eso constituiría un peligro mientras guardara el secreto para sí. Debía hacer que se supiera. ¿Pero a quién denunciarlo? ¿A la policía directamente? ¿A los periodistas? Marisa salió de la habitación en busca de un teledata. Debía llamar a alguien, a quien fuera, y contarle todo.

Al doctor Bea le sorprendió verla andar por el pasillo con tanto apremio y evidentemente alterada. Se levantó de su asiento para interrogarla, pero Marisa no se detuvo, sino aceleró el paso.

Llegó al cuarto de las enfermeras, intentó reorganizar sus ideas y contempló con duda el teclado del teledata. Decidió pronto que lo mejor sería informar primero a la prensa; ellos extenderían la noticia antes de que nadie consiguiera acallarla. Después ya tendría tiempo de presentar una denuncia a las autoridades.

Buscó la dirección de una de las más importantes cadenas de información e introdujo la clave. La pantalla parpadeó durante un segundo mientras establecía conexión y a continuación se abrió una ventana desde la que le saludó la recreación infográfica de una operadora.

—International Center Press. Espere un momento, por favor. De inmediato le atenderemos.

El rostro se metamorfoseó en el logotipo de la cadena y empezó a sonar una musiquilla. Marisa se agarró a los bordes de la consola con impaciencia. *Vamos, vamos*, pensó, como si sus órdenes pudieran influir en la velocidad de proceso de la centralita. Segundos después el logotipo se fundió en negro y apareció una muchacha.

—Aquí International Center Press. ¿En qué puedo servirle?

—Escuche, es importante. Yo...

El teledata se apagó bruscamente, dejando en el centro de la pantalla un punto de luz que palideció rápidamente.

Una mano se había plantado sobre el teclado y cerró la conexión.

—Ya le dije, señor, que llevaba demasiado tiempo en la habitación 21.

Marisa giró sobre sí misma y encontró a su lado al doctor Bea. Su expresión obsequiosa se había desvanecido, para ofrecer sólo un gesto duro. Detrás de su hombro apareció el doctor Planas, gerente de la clínica.

—¿Que pretendía hacer? ¿Así demuestra su devoción a la empresa?

Bea la empujó contra una de las paredes del cuarto.

—¿Por qué, Marisa? —preguntó el doctor Bea, con afectado pesar—
¿Acaso no sabías lo que la curiosidad hizo al gato?



Marisa vio la pistola inyectora e intentó pronunciar una llamada de auxilio. Fue demasiado tarde. Un pinchazo en su cuello detuvo el grito.

—De verdad que lo siento, Marisa.

Aquello fue lo último que oyó antes de que la oscuridad tejiera a su alrededor un manto de olvido.

Marisa recobró la consciencia y se extrañó de hallarse fuera de la clínica. Se encontraba desnuda, con el cuerpo lleno de dolorosos arañazos, en un cuarto lleno de juguetes y decorado con un papel pintado con motivos infantiles. Alguien lloraba junto a ella y tiraba de su mano. Era una niña. Las lágrimas descendían en densos regueros por sus mejillas enrojecidas.

—Mamá, ¿qué le sucede a papá?

¿Mamá? *Yo no tengo ninguna hija; ni siquiera la conozco.* La niña buscaba refugio y Marisa la abrazó por puro instinto. Sintió contra su pecho su respiración agitada por los sollozos. ¿Quién era? ¿Y qué hacía ella allí dentro? No lo entendía. Tenía que estar soñando. Tenía...

La verdad se hizo evidente como un relámpago en la noche. Estaba soñando. Aquella habitación no existía, ni tampoco la niña, por más que palpara la solidez de su menudo cuerpecito. Todo era una alucinación a la que el doctor Planas la había encadenado.

Estaba aún en la clínica, pues, bajo los efectos del fluracepam. No querían que Marisa revelara a nadie lo que había descubierto. ¿Qué mejor modo que convirtiéndola en una durmiente más, sorda, ciega y muda?

Con las prisas resultaba imposible diseñar un sueño nuevo y se habían limitado a adaptar uno ya existente, sólo que el protagonismo era ahora para otro personaje. Con la niña sollozando entre sus brazos, a Marisa no le costó demasiado imaginar cual le habían asignado en una macabra broma final.

Un sueño. Sólo un sueño. Marisa se lo repitió una y otra vez, consciente de que aquello no bastaría para despertarla. Sabía a la perfección que nada podría hacerlo, ni su desesperación, ni todo el terror del mundo, ni aunque en el pasillo sonaran unos pasos y un golpe feroz estremeciera la puerta.

—Te enseñaré lo que es bueno, perra. Sí, te juro que te lo enseñaré.